

UN CLÁSICO DE LOS NUEVOS TIEMPOS

David Mejía Velilla*

Resumen: Al analizar la vasta creación literaria de Josemaría Escrivá de Balaguer, el autor despliega sus méritos para reconocerlo como un digno continuador de los más renombrados escritores del pasado universal. La heroica integridad de su personalidad y de su vida también se encarnaba en sus palabras. Sus libros breves y sustanciales, amenos y sencillos, despliegan la sabiduría perenne y son camino de Dios para miles de lectores.

Palabras Clave: ascética, mística, virtudes, universalidad, literatura sapiencial.

Abstract: Upon reviewing vast literary work of Josemaria Escrivá de Balaguer, author recognizes his contribution as part of legacy of renowned world writers. His writings reflect heroic integrity of personality and life. His books, brief and substantial, deploy timeless wisdom, and are pathways to God for his countless readers.

Key words: ascetic, mystic, virtues, universality, wisdom literature.

Résumé: En analysant l'abondante production littéraire de Josemaria Escrivá de Balaguer, l'auteur révèle ses mérites pour le reconnaître comme un digne héritier des écrivains les plus célèbres de l'histoire universelle. L'intégrité héroïque de sa personnalité et de sa vie était aussi incarnée dans ses mots. Ses livres, courts et substantiels, agréables et simples, font preuve de sagesse pérenne et constituent un chemin vers Dieu pour des milliers de lecteurs.

Mots Clef: ascétique, mystique, vertus, universalité, littérature sapientielle.

* Abogado, Doctor en Derecho Canónico, Académico de la Lengua, de la Historia y de la Educación. Fue Profesor Emérito de la Universidad de La Sabana, Decano de las Facultades de Derecho y de Comunicación Social, Director del Instituto de Humanidades. Autor, entre otros libros, de Vitrales, Tiempo de vivir, Memoria de Dios, Los días y las noches, Canto continuo y Pequeño Eliot.

a Academia Colombiana, que dispensa honor a los grandes de la lengua, se reúne hoy para conmemorar a monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, el Beato, en el centenario de su nacimiento.

Nació Escrivá el 9 de enero de 1902 en la ciudad de Barbastro, de la provincia de Aragón, en España. Tuvo allí sus primeras letras y alcanzó el bachillerato en Logroño, y el grado en Derecho en Zaragoza y en Madrid. Desde pequeño cultivó el amor de las bellas letras castellanas y clásicas, juntamente con su gusto por la historia, por el derecho y la teología, disciplinas, estas dos últimas, en las que alcanzó los títulos del doctorado.

Ya en su primera juventud era dueño de un idioma rico y castizo, y se empezaron a manifestar en su habla y en sus escritos dotes excepcionales de buen decir, expresadas con tanta sencillez, como que fue ésa siempre una de sus más amadas y frecuentadas virtudes. Y comenzó a entender que era su pluma un instrumento para hablar con los hombres, para hablarles de Dios, con Quien nunca dejó de dialogar. En Escrivá, esa conversación con Dios y con los hombres es una sola cosa, una única lengua, una misma pasión.

Con todo y que sus lecturas fueron incontables y especialmente ricas en su trato con los clásicos de la lengua; y con todo y que su estilo es asombrosamente claro y luminoso como el más caracterizado de aquella edad de oro de la literatura castellana, la expresión y las obras del Beato resultan, en el texto y en el contexto, completamente originales, y aunque pueda decirse, por ejemplo, que alcanza la sencillez y vivacidad del modo de Teresa, la hondura y belleza del estilo de San Juan de la Cruz, la fluida elegancia de fray Juan de los Ángeles o de Pedro de Alcántara, no imita a ninguno de ellos y ostenta, en cambio, una gracia, una alegría y una luminosidad propias de aquellos tiempos perennes.

Las obras de monseñor Escrivá, si exceptuamos el estudio teológico-jurídico que se llama La Abadesa

de las Huelgas, pertenecen todas a la literatura espiritual ascética y mística. Y aun el estudio sobre la Abadesa, con todos los primores de su estilo donoso y bienhumorado, lleva a Dios desde las primeras líneas.

El autor de Camino, de Forja y de Surco; el regio escritor de Es Cristo que pasa y de Amigos de Dios; el fino corresponsal de miles de páginas epistolares, y el productor de otras tantas, fruto de su predicación, no cesó de escribir durante su vida. Jocosamente decía: "Yo soy Escrivá y escribo". Y sus páginas, cada una de ellas, son fruto granado de su propia vida. Por eso hablaba como escribía y escribía como hablaba.

Sus obras todas, tan hermosas y sobrenaturales, son intensamente humanas. Y es que así era él, el Fundador del Opus Dei, para quien la Obra de Dios, el trabajo de Dios, no era otra que la obra del hombre, santificada, hecha a la perfección y ofrecida a Dios con amor. La Obra de Dios, el Opus Dei –lo dijo tantas veces– es también el hombre mismo, buscador de Dios, ofrecido a Dios en todo su ser.

Para un escritor de verdad, palabra y vida resultan inseparables. La vida encarna la palabra y la palabra encarna la vida. Por su vida responderá su palabra y por su palabra responderá su vida. De cualquiera de sus escritos podrá decirse: "Éste era el hombre, así era Escrivá". Él invitará a todo hombre a hacer endecasílabos de la prosa de cada día, de su vida diaria verso heroico, mediante la búsqueda de Dios en el trabajo cotidiano, en el quehacer ordinario.

Es el misterio de la poesía, y la obra de Escrivá desvela esa condición suya de haber sido un gran poeta de la prosa constante, de cuando la verdad se encarna en una aparente fantasía, como en el género de las parábolas, y la imaginación penetra en la realidad hasta apropiársela. Es el espíritu que aflora en la carne, y la carne que se rehace y solaza en el espíritu.

Alguna vez el Beato escribió estas palabras, de honda poesía, hablando con Dios: “Cuando te vea por primera vez, Dios mío, ¿qué te podré decir? Callado, esconderé mi frente en tu regazo... Y lloraré, como cuando era niño [...] Tus ojos mirarán todas mis llagas... Te contaré después toda mi vida... ¡Aunque Tú ya la conoces! Y Tú, para dormirme lentamente, me contarás un cuento que comienza: “Érase una vez un hombrecillo de la tierra... y un Dios que le quería con locura...”.

Está en todo esto, entre otras cosas, la explicación de la claridad y la sencillez con que en la más alta prosa pueden entenderse al mismo tiempo el letrado y el rudo, y pueden conocer ambos el milagro de la poesía, y bebérsela, como lo hacía con Camino un peón de una finca, a quien alguien le regaló el precioso tesoro, y el campesino decía días después: “Este libro es como el agua cuando uno tiene sed, que necesita seguir tomándola”.

Quisiéramos tener con nosotros ahora la elocuencia exegética del académico español José García Nieto –de feliz memoria entre nosotros–, de cuando consideró deber de su oficio referirse a la hermosura de la prosa de Camino. O poseer el análisis sereno y hondo de Andrés Vázquez de Prada, el insigne biógrafo de Escrivá, o la ciencia filológica de José Miguel Ibáñez Langlois, para que se nos entregara una síntesis de los valores que enriquecen el estilo literario del Fundador español.

Detenerme quisiera en una trilogía literariamente muy bella y muy valiosa, como es la que conforman tres libros del Beato, de corte semejante: uno, al que he aludido ya varias veces, que es Camino, breviario de la unión con Dios; y otros dos, Forja y Surco, breviarios, como Camino, de la llamada universal del hombre a la santidad.

Porque Escrivá recibió de Dios, el 2 de octubre de 1928, la llamada del amor redentor a predicar, con su vida y su palabra, que el trabajo profesional y la vida corriente y ordinaria de todo hombre, de toda mujer, pueden y deben ser camino de santidad en medio del mundo, amando a ese mundo que hizo Dios con tanto amor, llevando ese mundo a Dios, ese mundo de las realidades materiales, espirituales e intelectuales en que consiste nuestra vida íntima y exterior.

Está escrita esta trilogía con el más rico lenguaje castizo e impecable, en breves párrafos numerados, consideraciones hondas sobre los reclamos del Creador a su criatura, del Padre Dios al hijo adoptado, extraviado y rescatado; sobre el amor con que amó Dios al mundo, que no paró hasta darle su Unigénito, en el que todos estamos convocados, llamados a salvarnos, lo que llevó a Escrivá, al considerar esa realidad del Opus Dei, a decir: “Se han abierto los caminos divinos de la tierra”.

Camino comenzó llamándose Consideraciones espirituales. Y más adelante, cuando recibió su nombre definitivo y creció en contenido, era ya un libro grande, no obstante su formato pequeño, que su autor prologó de esta manera: “Lee despacio estos consejos. / Medita pausadamente estas consideraciones. / Son cosas que te digo al oído, / en confidencia de amigo, de hermano, / de padre. / Y estas confidencias las escucha Dios. / No te contaré nada nuevo. / Voy a remover en tus recuerdos, / para que se alce algún pensamiento / que te hiera: / y así mejores tu vida / y te metas por caminos de oración / y de Amor. / Y acabes por ser alma de criterio”.

Esos consejos a que se refiere el autor abarcan todos los sectores de la vida de su lector, que podrá ser un niño de siete años o un adulto de noventa. Sólo que al adulto de noventa el autor le sugeriría ser siempre niño, ser siempre joven, con la niñez y la juventud del corazón y del alma. “Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso”. Así comienza Camino, dirigiéndose al niño de siete años o al adulto de noventa Y continúa diciendo: “Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor”. Recuerda a todo hombre, a toda mujer, que puede y debe ser útil, dejar poso. Que tiene, en su propio ser, una luminaria de fe y de amor; que no debe pactar con la esterilidad ni llevar apagada la luminaria de su fe y de su amor, sino esplendor con ella.

En el punto 590, la sabiduría de Camino habla de humildad y dice: “No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio: por mucho que brille y por alta que esté, no importa para la solidez de la obra. [...] –Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por ti no se derrumbará la casa”. Esto fue, y así fue durante su vida en la tierra este escritor prodigioso: sillar de

la obra de la Iglesia en nuestros tiempos.

Su tarea, encomendada por Dios, fue fundar el Opus Dei, y él entendió que eso de fundar es algo que va profundo por su propia naturaleza, que se oculta y desaparece, como le gustaba considerar al Beato, por lo que en vida suya sólo por excepción lo vimos asomar para brillar en un foro, de esos donde lucen ante todos inteligencia y virtud. Refiriéndose a Cristo, el Beato repetía con San Juan Bautista: “Conviene que Él crezca y que yo mengüe”.

En las letras, él no podía evitar brillar, habiendo dado Camino a la imprenta, porque no se oculta el sol con las manos. Sin publicidad y sin propaganda, Camino se fue difundiendo hasta lograr ediciones cinco veces millonarias, en más de cuarenta idiomas. Y con todo, también Camino es un sillar en la formación de incontables personas. No pudo pasar inadvertido este gran libro, como no pudo pasar inadvertida la heroica santidad de su autor. Son los juegos divinos de la humildad. Alguien diría que sus contrapuntos. Pero es que la luminaria de la fe y del amor no se apagó nunca en el camino del Beato: por el contrario, cada día fue mayor su luz.

Fue escrito que “Camino, desde su primera aparición, ha sido un camino a Dios para miles de lectores que no se cansan de acudir a este libro, porque en él encuentran doctrina segura que ilumina sus mentes, y el calor paterno y el estímulo constante para su trato con Dios en la oración cotidiana, y en la recia andadura [...] Camino ha ayudado a transformar muchas vidas, a lograr, con la gracia de Dios, lo que se pide en su primer punto, ya citado: ‘Que tu vida no sea una vida estéril’ [...] Camino tuvo desde su nacimiento la vocación de obra clásica, que ilustra y que educa, que corrige y que consuela, que alegra el alma intensamente y, sobre todo, como ya hemos dicho, es un libro que lleva a Dios” (nota del editor a la edición colombiana conmemorativa del centenario del autor).

Y al lado de Camino, Forja y Surco, que vinieron después. Tienen la misma estructura que Camino, de

párrafos breves, profundos y luminosos, numerados, de ingente contenido, rico en experiencia humana y sobrenatural. Imparten la doctrina eterna de Jesucristo, tal como la expone el magisterio de la Iglesia. Y lo hacen con tanta gracia, con tanto afecto, que estos breviarios –como me he permitido llamarlos, porque son libros breves y sustanciales– resultan entrañables en sumo grado y rezuman la sabiduría perenne.

Pero, en punto de obras breves, hay otras dos que son verdaderas joyas de la literatura del siglo XX. Me refiero al Santo Rosario y al Via Crucis. El Santo Rosario fue escrito de una vez, sin interrupción, y aunque es obra de una elevada mística, por su condición de libro dirigido al lector que está en el mundo resulta accesible a todos, en el género de literatura de la vida de infancia espiritual.

El Via Crucis que escribió monseñor Escrivá es un milagro de la poesía si lo vemos desde el punto de vista de la literatura y del lenguaje. Si lo miramos como obra piadosa –que eso es, en toda su excelencia–, advertimos en él un *súmmum* de literatura cristiana, del corte de la más hermosa heredada de la tradición de los Padres y de los Santos.

Es Cristo que pasa y Amigos de Dios son dos compilaciones de homilías, dos libros de espiritualidad laical, a cual más bello y más hondamente penetrante. Son frutos de su predicación sacerdotal. Del estilo de las homilias dice un autor que “no es posible silenciar este lenguaje directo, sencillo, de una amenidad inconfundible. Se nota siempre una delicada atención a la corrección gramatical y literaria [...] La fuerza y el nervio de lo que se dice dan lugar a un estilo sereno y claro, sin recurrir a efectos fácilmente emotivos. Tampoco intenta deslumbrar; quiere sólo ser el vehículo imprescindible para que cada alma se coloque cara a Dios y saque consecuencias y propósitos para su vida diaria” (Alvaro del Portillo).

Y de lo escrito por el Beato a lo largo de su vida quedan incontables páginas y notas, que irán viendo la luz editorial sin prisas, para provecho y solaz de los lectores.

El beato Josemaría fue “un hombre enamorado de Dios”, que vivió siempre buscando el rostro

divino, buscando su presencia, y sus escritos fueron hechos delante de Él y como una ofrenda que buscaba al mismo tiempo lucrar todo el bien posible para las almas, y aun aquel bien que parecería imposible de conseguir, porque era audaz como el que más para pedir, generoso y magnánimo para dar, y santamente “pillo” para conseguir.

Decir estas cosas en este recinto y ante los académicos es una dicha, porque aquí son convocados como maestros todos los que con divina inspiración levantaron su voz en la asamblea de los hombres, y sus discípulos nos allegamos para escuchar sus enseñanzas, para venerar su presencia. Las estatuas de Ávalos y las figuras del fresco de Acuña dan fe de que lo que digo es verdad, y nuestra presencia lo advierte con los ojos. Quisieron nuestros predecesores en la Academia que aquí presidiera, en la hermosa creación del escultor español, la figura del Verbo Encarnado, Creador de la palabra humana, el que dio un lenguaje a los hombres. Es una figura suave y estilizada, que nosotros hemos contemplado mil veces con verdadero deleite y adoración. A su derecha se regodean los grandes escritores de la edad antigua, que de algún modo lo entrevieron y misteriosamente anunciaron su advenimiento: el Rey-Poeta que profetizó y cantó en los salmos la realeza y las misericordias del Señor; y que en espíritu de profecía anunció los sufrimientos del Salvador de los hombres y en esos Salmos convocó a la naturaleza toda para que alabara y ensalzara a la Sabiduría increada y encarnada, “al más hermoso de los hijos de los hombres”. Y junto a David, Sófocles y Platón, Cicerón, Horacio Quinto Flaco y Virgilio, el cantor de la misteriosa “Égloga IV”; y, encabezando el grupo festivo, Homero, los ingenios que bien merecieron de cierta manera haber entrevisto, mediante la llamada revelación natural, al divino autor del lenguaje y de la literatura, que ellos glorificaron.

Y a su izquierda, en sucesión estelar, los que llegaron después de que el Único Maestro vino a la tierra: Agustín, heredero en Roma de la cátedra de retórica de Hortensio; y Alighieri, quien, después de una larga fatiga por círculos y cielos, entró al Empíreo, donde ni ojo vio ni oído oyó las cosas que Dios tiene preparadas para los que le aman, y gustó de lo que lengua creada debe callar porque es incapaz de decir. Y junto a estos portentos, Camoens, Molière,

Goethe, y Dostoievski, la palabra alada que busca la inmortalidad.

Es delante de ellos, que yo encomio la tersura y la sapiencia de la obra de este español universal cuyo centenario nos convoca. Y digo su loa gozosa junto a las figuras del fresco de Acuña, que recoge una síntesis de la literatura castellana, encarnada en esos personajes que hicieron vibrar el alma del Beato durante sus lecturas. Allí el Quijote, Sancho y Amadís, junto a Mío Cid; y el castillo interior de Teresa la Santa, como la llamó nuestro Rubén Darío. Allí el Convidado de piedra, del gran Tirso, y el caviloso Segismundo, y más allá el alcalde de Zalamea; y allí la Estrella de Sevilla, del gran Lope; y la pecadora Celestina, de Fernando de Rojas, junto a los próceres de la picaresca, don Pablillos, de Quevedo, y el Lazarillo de Tormes; y al lado de don Juan, el pecador, de Zorrilla. Y la marcha sosegada del penitente de la Guía de pecadores.

A la derecha, en el fresco, las figuras que caracterizan la literatura americana, de esa América del Sur que tanto amó monseñor Escrivá, y a la que visitó en 1974 y 1975, después que en 1970 visitara a la Virgen de Guadalupe en México. Allí esas mujeres maravillosas, Doña Bárbara, y María, y Blanca, la amada de Tabaré, y Cumandá, la inocente virgen de la literatura ecuatoriana; y con ellas el gran Caupolicán, cantado por Ercilla y por Darío; y nuestro Peralta, y Martín Fierro, y Efraím, y Tabaré, y Gonzalo de Oyón, y Enriquillo, el pícaro americano, y al fondo, tragado por la selva, Arturo Cova. ¡Buen cortejo, para un buen festejo como éste!

El Beato tenía un corazón grande, universal, en el que cabía la creación entera, porque él amaba todas las cosas rectas del mundo, que quería llevar a Dios, porque, además, se dolía del mal en el mundo y hacía notar que ese mal se concretaba en sólo una cosa, en el pecado, que se ha de evitar con todas las fuerzas, porque enseñó que todo lo demás es bueno. Era un espíritu libre y era un apasionado de la libertad, de la propia y de la ajena. A ese amor a todas las cosas rectas del mundo y a esa pasión por la libertad dedicó muchas páginas de su obra escrita y sinnúmero de evocaciones en su predicación. Él fue, como le han dicho y lo hemos recordado, un hombre enamorado de Dios; y amó con obras y de verdad,

como lo mandaba el apóstol Juan a sus discípulos, a Dios y al prójimo, fuese quien fuese.

El Beato fue, por excelencia, un pedagogo, y en esa condición le rendimos homenaje en este mismo recinto, en 1992, en reunión solemne y plenaria de la Academia Colombiana de Educación, esa ilustre institución fundada por monseñor Rafael María Carrasquilla a comienzos del pasado siglo.

Fue profesor de ética en la escuela de periodismo de la Universidad Central de Madrid, y en la facultad de derecho enseñó Derecho Romano. Esto lo hizo de muy joven, y desde ese entonces, y por el resto de su vida, enseñó, con su palabra y con su ejemplo, las más altas disciplinas del espíritu a toda clase de personas, hombres y mujeres, mediante su ejercicio sacerdotal, que no conoció reposo. Gastó la vida, como lo han hecho los bienaventurados, en el oficio de amar, que lo llevó a unirse a Dios y a dialogar con los hombres, a perfeccionarse en el ejercicio de una santidad heroica que lo llevará al catálogo de los santos, según lo ha prefijado el Papa al anunciar su canonización para el próximo 6 de octubre.

Fue un apasionado de la libertad, porque la libertad es cosa de amor; la libertad, bien entendida,

es disciplina para los que aman, porque el amor exige la libertad. Y por eso quería, desde su primera juventud, “escribir unos libros de fuego, que corriesen por el mundo como llama viva, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubies de su corona de Rey” (Apuntes, 218).

Pero como maestro, siempre, hasta el último día de su vida, estuvo en trance de dialogar enseñando y formando a sus hijos y a sus hijas, y a toda clase de personas, de edades y condiciones variadísimas, que lo buscaban, para oír sus enseñanzas, o a quienes él buscaba para hablarles de Dios.

Si la Academia Colombiana celebra, complacida, el centenario de tan insigne escritor castellano, pondera más especialmente su designio universal de hombre que dignificó su oficio de maestro y alcanzó que la Iglesia lo llevara a la cátedra de los bienaventurados, que por siempre serán protectores y excelsos ejemplos para toda la humanidad. ■

Muchas gracias.

Bogotá, 11 de marzo de 2002